

EL PENSAMIENTO VIVO DE JOSE ENRIQUE RODO

(1944)

Ya ha transcurrido más de un cuarto de siglo desde la muerte de José Enrique Rodó (1871-1917). Grandes mudanzas se han operado en el mundo contemporáneo y oleadas de nuevos acontecimientos y de sucesivas doctrinas han aclarado y ensombrecido el cielo de la América que tanto amara. Sus antecesores y contemporáneos se van disipando en los insignificantes frisos finiseculares y sólo algunos subsisten a su lado compartiendo su fulgor y su firmeza. Ha pasado el escritor por todas las pruebas: lo han estremecido las alabanzas, la glorificación de sus conciudadanos ha iluminado su perfil en la tiniebla temporal, la crítica y la negación y la diatriba se la han acercado con severidad y agudeza y todo el continente experimentó el orgullo de mencionar sin tregua su nombre y sus escritos, considerándolos como una de sus más equilibradas expresiones artísticas y de pensamiento. Ha pasado a ser una figura estatuaría, firme, serena en demasía, en medio del continente sacudido por la turbulencia de la búsqueda de la expresión definitiva.

Por momentos, sufre cierto eclipse en algunos países del Pacífico, pero de pronto surge más definido que nunca en las aulas del centro de América o del Río de la Plata. Las ediciones de sus libros siguen realizando la siembra inagotable a través de las generaciones y las antologías; de ambos lados del Atlántico recogen los fragmentos de sus motivos y ensayos como la expresión más digna del habla contemporánea en el idioma de las Españas. Su figura puede decirse que goza de una actualización sin eclipse. Al lado de Sarmiento, de Montalvo y de Martí forma el más hermoso conjunto de la magnificencia de la prosa y el pensamiento de estas tierras. Ha llegado tal vez el momento de considerarlo en sí mismo, aparte de sus antecedentes, contemporáneos y discípulos.

Hay un Rodó que implacablemente el tiempo va destruyendo; hay un Rodó fijado o que permanece inalterable como las figuras ya inmutables de las consagraciones universitarias, hay por fin un Rodó que va continuamente viviendo,

rehaciéndose, creándose a través de una energía inagotable de espíritu y de belleza. No nos interesa el Rodó que ha sido origen de tantos libros, que se destruye al mismo ritmo de las ideologías y los temas de su tiempo; tampoco nos preocupa el Rodó inmóvil en la fijeza de las adoraciones oficiales o de los descuidos analíticos. Sólo nos atraerá el Rodó viviente, renovado, creciendo a expensas de una inmanencia de energías infinitas; de ahí trasciende lo que realmente constituye su pensamiento vivo. Esto conduce a la necesidad urgente de considerar a Rodó en sí, a través de los principales momentos de algunas de sus obras, acercándonos sólo al fulgor de aquella lámpara vital en donde ascendió un óleo partícipe del mundo de las culturas griegas. Los que con él convivieron, aquellos en los que se apoyó para actuar, pensar y crear, no nos importan; la vaguedad de sus sombras no nos preocupará ya lo más mínimo, ni tampoco la partícula de la personalidad del escritor que en alguna forma fué tributaria de lo accidental y caedizo de tales fugacidades. Es necesario tomar su obra independientemente, como un fruto emancipado del tiempo, que se acrecienta, impulsado por el potente dinamismo de su íntima naturaleza, sin deberle casi nada a los acontecimientos exteriores. No tenemos más remedio que habituarnos a realizar estas abstracciones profundas, enucleando el sentido trágico o estético de una obra que subsiste en vestiduras perfectas y libres, del mismo modo que se estila hacer con toda creación clásica.

Lo que es indudable es que, en lo esencial, la obra de Rodó se confunde con el destino espiritual de una América ideatoria, en lo que ésta se vislumbra como finalidad trascendental futura. En lo más secreto del pensar de Rodó se halla la nebulosa nutriz de lo que será racionalmente formulable para el futuro de estas tierras; el dominio de la inteligencia en común con la belleza, la creación de la individualidad apoyándose en la libertad profunda del ser, la inevitable sentencia de nuestro destino se afirma sobre las rodillas de lo divino, la razón, el arte, la ciencia y la libertad.

Con todo, es bien claro que Rodó se fué, llevándose su secreto. Al entrar en la otoñal madurez vital, cuando aún gravitaban en él las más firmes promesas, conduciendo a su lado los originales del libro que superaría a lo restante creado, sus *Últimos motivos de Proteo*, el escritor desapareció inesperadamente. Nunca se exhibió al desnudo en vida, o con intimidad, en los detalles directivos de su obra o en la plenitud de sus confidencias. Con el más seguro dominio de lo expresivo conquistado en la juventud, se consagró a exponer bien, un pensamiento que lo desborda hoy como hombre y como suramericano.

El secreto esencial de su vida permanece inaccesible. Casi todos se apresuraron a alabarlo, pero lo hicieron sobre el flanco de una personalidad inconclusa en grado sumo, apoderándose de los residuos de su sombra y de sus ropajes, con los cuales aparentó convivir entre sus compatriotas, en el interludio de unos cuarenta años. ¿Cómo fué Rodó? Es un enmascarado persistente; lo fué en vida, sigue siéndolo después de ido a la tiniebla.

Es incomprendible admitir cómo la figura que vimos, la personalidad que alabaron prolíficos y apresurados comentaristas de la lengua castellana, puede

coincidir con el autor de esa obra que sobrepasa soberanamente las culturas ambientes, las edades, los hábitos insulares del pensar, y se enriquece cotidianamente con resplandores de lo eterno. Rodó es el mayor misterio del pensamiento hispano-americano; se constituye sólo, se aísla, se perfecciona, se nutre en las fuentes primarias de lo natural y lo bello y condensa lo fundamental de su ser en una fábrica limitada, precisa, perfecta y al mismo tiempo viva, abundante, creciente e impregnada de luz creadora. Menciono para un opinar así, lo más reconcentrado de su obra, aquello que es adentramiento en *Ariel* y que se presenta en los límites propuestos en los dos "Proteos".

No hemos descifrado de Rodó nada más que las estructuras superficiales, en las que se reflejan las convicciones de un siglo determinado y de unas comarcas, en donde las actividades más acabadas del espíritu, eran generosas intenciones y promesas incumplidas.

Más allá de todos esos límites y cuadros ocasionales se oye el verdadero y misterioso paso de este escritor emancipándose de las cadenas del tiempo presente, y reconstruyéndose como un ejemplo de lo apolíneo y uránico, lo clausurado, lo específico y lo estético de la inteligencia.

Y hay que ser fiel, no obstante a las ideas desarrolladas en diversas circunstancias por Rodó, con respecto a la actitud del pensamiento ante los peligros de la época. Dividido el mundo de las cosas existentes, en los planos de la inteligencia por un lado y de los hechos por otro, la verdadera posición sigue de acuerdo con la doctrina que proclama su adhesión a la primera y la subordinación de los restantes. Y más aún, debe considerarse necesaria esa actitud en nuestros pueblos de América, desde el momento en que empezaron a llegar, confundiéndonos en el conflicto de las doctrinas, y razas las salpicaduras de los adelantos y las guerras de los viejos y sabios pueblos. Pero, precisamente, por tener que decidirnos por las huestes de la inteligencia y a pesar de ser todos nosotros muy dudosos disciplinantes de ella, es que consideramos necesario en todo tiempo fijar las normas del proceder individual frente a los sucesos. Y por ello, hay que situarse con el autor de *Ariel*, en la línea del humanismo renacentista, en la dirección que exalta la individualidad humana en el plano de la libertad y del espiritualismo en sus diversas formas, que se expresan por medio del derecho, la cultura helénico-cristiana, las filosofías de lo trascendente y el amor entre los mortales.

Las antiguas bases inmovibles son ésas, a pesar de los pesares. Creyendo como siempre que la actitud de teorizar es el más alto orgullo de la naturaleza humana con raíces prometeicas o dionisiacas, o bajo la égida de la geometría, mucho más allá, a la altura de los acontecimientos, ya no es posible sustraernos a los hechos que nos hieren, sin renunciar a la esencialidad; y es norma ética superior e imperativo vital al mismo tiempo, relacionarse y confundirse con todos los principios que luchan en la tierra y los mares por la libertad humana y la ganancia del pan del espíritu y del trigo.

La razón seguirá siendo una guía y regla de las acciones humanas, como quiere Aristóteles, precisamente en el mismo momento en que se funde profun-

damente en las experiencias históricas y se nutre de ellas como en plasma prodigioso. Lo principal es que conserve su levedad, su penetración y su fuerza, sin macularse, en este dominio de las necesidades y de las corrientes irracionales y que en la abstraída esfera de lo permanente, se refleje la imagen de lo cotidiano.

Si la razón fracasa y se esquivaba, muchas veces, es por que ha roto bruscamente su conexión con los sucesos, de igual modo que, si se hace tributaria de los hechos, se torna por opuesta inercia, en vulgar y desposeída de aquellas altas riquezas que le venían de más allá y antes de las mismas experiencias.

El horror a los lugares comunes, verbales y actuantes, muchas veces nos hace desconocer las realidades urgentes. De algo de esto fué partícipe Rodó. Pero no tuvo culpa. Hemos oído ya repetir en nuestras horas de suramericanos algo de este linaje: "Horas decisivas para la humanidad son las actuales". Pero esto lo han dicho tantas veces los sofistas de diversas greyes, y los retóricos de todo clan, y los políticos flotantes en la ola de los minutos, que resulta un difícil esfuerzo de la espiritualidad proclamarlo en determinada y exacta circunstancia. Mas apenas nos callamos, cuando los mismos hechos al margen de leyes lógicas y humanas, se encargan de evidenciarlo a través de la sangre y el martirio de los seres pensantes y de los que viven por sus manos.

Siempre habrá seres meditativos y estáticos, que caerán en la indiferencia y en el error, no por que no percibieron bien los sucesos, ni por carencia de valor moral, sino por el horror a la vulgaridad, al esquema mental o de palabras, a la barbarie filisteica, pues desgraciadamente un traje que anuncia la presencia de lo trágico del mal, es el de más torpe indumento, y de la más ordinaria especie. Bien conocía Rodó estas peripecias. Por que ya se lo dijo Spinoza: "Nada más útil al hombre que el hombre". Y hablaba desde el plano de la razón más pura y de intuición panteísta. Y así venció su matemática perplejidad. Como se dicta en este pensar, nos consideramos obligados a acercarnos a los hombres por medio de la prédica del arielismo, y por ello desde los efímeros muros que construimos con intenciones más que con obras, y desde valorizaciones intelectuales afines, sin renunciar a una dirección primordial del pensamiento, que consiste en no traicionarse a sí mismo, nos compenetraremos con el sufrimiento humano de este y todo tiempo, nos solidarizaremos con los actos libertadores del hombre, por que entendemos que sería gravísima culpa que la sublime racionalidad prevista, traicionara a la vida que la alimenta y huyera de la realidad terrible y sagrada que la nutre secretamente y lo hiciera por puro afán de salvarse.

Grandes corrientes filosóficas, europeas y asiáticas, han actuado en lo profundo del espíritu suramericano de los últimos tiempos, desde que cesó el vivir de Rodó. La filosofía, con el planteo directo de sus problemas centrales y eternos ha extendido su dominio en las más lejanas universidades y centros de toda enseñanza. Así como en política, la turbulencia de las doctrinas ha influido poderosamente en los dirigentes y reformadores, en el plano de lo especulativo, lo más grave, valioso y abstracto del pensar de los pueblos de Europa ha repercutido en mayor o menor grado en nuestro medio. Desde la muerte de Rodó a nuestros días el plan de los

estudios filosóficos, humanistas y sociales se ha acentuado poderosamente. Ya los maestros de la generación de fin de siglo nos parecen superficiales, con Renán, Carlyle, Taine, Guyau y otros, comparados con los nuevos dioses: Husserl, Bergson, Heidegger, Max Scheler, Hamelin y Lalande. Entonces ha ocurrido que es fácil encontrar en los medios universitarios publicaciones de una especialización superior sobre los temas del hermético pensamiento de lo absoluto y de sus trayectorias históricas. En el dominio de las últimas aportaciones, son familiares, hoy, como potentísimas fuentes de pensar, actuar y admirar, los filósofos presocráticos y los medievales. De modo que aquel ámbito en donde Rodó asomaba como una cúspide, ha sido totalmente superado por una atmósfera en donde el espíritu suramericano ha empezado a beber en las auténticas aguas vivas del pensar creador. Pero, aunque un poco distante y transparente, el pensador montevideano, se ha mantenido con digna seguridad en los límites de este cielo y de aquel infierno. Ha resistido bien los cambios, las perspectivas más profundas, los contragolpes de la historia, pero ha sido en el momento en que su obra se ha circunscrito en lo que goza de universalidad intemporal.

Es seguro que la situación de Rodó la encontramos toda entre los que se denominan pensadores fundadores de la espiritualidad suramericana. ¿Un gran precursor? ¿El único? En general, la actitud de la cultura nuestra ante el movimiento de las ideas filosóficas, ha seguido algunas direcciones: la adopción fiel y tributaria, la exposición exhaustiva y erudita, las monografías especializadas, según modelo de las cátedras de los países cultos y la imitación admirativa en forma abierta o disimulándose. Predomina la mente divulgadora frente a la actitud de asimilación, crítica, o adaptadora de las ideas a los conocimientos históricos. Con estos signos, se filosofa hoy bastante bien en nuestro medio. Y se piensa mejor, con novísimos bagajes filosóficos y de experiencias.

Rodó no pertenece a ninguno de estos ejemplos. Se trata de una inteligencia luminosamente dotada para lo estético y lo abstracto, en una de las formas que el helenismo dejó como herencia al Renacimiento y a las comunidades europeas más cultas. El helenismo de la coordenada apolínea, principalmente, en lo que ella se enlaza con la filosofía de Platón. Tal vez las corrientes de la literatura francesa, a través de Flaubert y de Renán, de Chénier y de Vigny, le despertaran en la adolescencia esa personalidad profunda que coincide plenamente con el apolinismo helénico. Pero fué solamente un tránsito, un llamado, un toque incidental. Rodó tiene más de los griegos del gran siglo a través del tipo derivado de las interpretaciones de Winkelmann, que de todos los autores contemporáneos con que su personalidad espiritual se formara. El símbolo de Ariel, de Rodó, puede perfectamente encuadrar dentro de las alegorías de la arborescencia platónica más que de la lujosa selva de Shakespeare.

El pensamiento así identificado con la serenidad antigua buscó una coordinación con las necesidades y deterioros urgentes del continente americano. ¿Era querer hipostasiar lo permanente en la nube? En este sentido, la nota de Rodó es verosímilmente original; la propensión a buscarle a nuestras democracias, la

apoyatura espiritual del milagro de los helenos, con la esperanza de que en nuestras ciudades se renovara el universal acontecimiento de las playas jónicas, que pasó desde Tales de Mileto a Plotino, fué su más alta preocupación y destino.

En síntesis, una precursora tentativa de desarrollar una *Paideia* de estirpe genuina, en el medio de una sociedad incipiente, convulsionada e indecisa a través de mil aventuras políticas y sociales. Rodó, más que cualquier otro autor europeo, merece hoy en día ser el precursor y el desarrollador más insigne de lengua española, del concepto cultural y educativo de *Paideia*, tan certeramente establecido por Dilthey y Werner Jaeger, y que nos enseña muy bien, como, en la transparencia del frontal de Platón ya se dibujaban tanto el ala de la paloma angélica como la del buho fáustico. ¿Cómo pudo producirse esa circunstancia? Imposible preverlo. Rodó es inexplicable en nuestro medio y en nuestra raza. Como artista y suscitador es inmensamente superior a sus contemporáneos en profundidad de ideas, en belleza estructural del lenguaje, en serenidad y equilibrio de formas, en intuiciones delicadísimas, que casi son equivalentes a diáfanos pensamientos. Su levantamiento en flecha súbita y excepcional lo hace más inexplicable, a pesar de todas las exégesis y comentarios que ha provocado, y eso que los hay muy notables y algunos hasta extraordinarios. Trata todos los temas con señorío, majestad, sabiduría milenaria, lenguaje dichoso y severo, al estilo de los más grandes ensayistas. Aún cuando se equivoca en apreciaciones directas, se escuda en planos de vasta humanidad.

Así como la belleza de Rodó se revela cual una excepcionalidad del pensamiento y de la sensibilidad, lo que denominamos en él libertad de espíritu, debe ser considerado como un ideal principalísimo de la voluntad humana. En un plano de unánime aceptación deseáramos que los hombres pudiesen expresar lo que piensan en cualquier dominio de acontecimientos dentro de una doctrina filosófica que se base en el origen divino del hombre. Separando por jerarquías que derivan de las más elevadas funciones pensantes de los hombres geniales, por ejemplo, hay que afirmar que todos deseáramos para ellos la libertad de pensamiento como un derecho que jamás sufriría eclipse. Estaríamos obligados también a considerar la libertad del espíritu como una perenne conquista o como un derecho natural no condicionado a un sistema de doctrinas o a un rasgo excepcional de la genialidad. Y eso, con el agregado de que en lo que se relaciona con los dominios de la generalidad humana, ya no es tan clara la cuestión. La libertad del espíritu requiere cuidados derivados de lo que entendamos por espíritu y de la influencia que eso puede ejercer en las demás conciencias. Toda concepción filosófica del espíritu tiende a identificar su esencia con ciertas ideas o principios, cuyo libre ejercicio en la humanidad, sólo le acarrearía bienes fecundos. La naturaleza de lo espiritual por definición y esencia, consiste en una categoría de orden superior frente al resto de lo que la rodea. De una concepción así, que fluye de Rodó, debe derivarse toda política del espíritu. El efecto de una realidad de ese tipo tiene que estar de acuerdo con la formalidad causal que es su ley. El pensamiento debe, pues, manifestarse plenamente libre. Si queremos una ciencia, una filosofía, un derecho, una comunidad

establecida sobre bases morales permanentes, el pensamiento en estas tierras debe mantenerse, de acuerdo con los principios de libertad que constituyen las bases de nuestra vida democrática de suramericanos. Realizar lo contrario es contribuir a hacer fracasar el espíritu de un continente que aspira a definirse como la esperanza de la humanidad. Es así como el helenismo formativo y creador, resurgiría en nosotros consustanciado con la democracia humanista, hipostasiándose en el acto de una comunidad humana original.

Por otra parte, en nuestra América, todo lo que sea especulación matemática, científica y filosófica en algún grado, lo mismo que todo aquello que se refiera a las sociedades humanas y sus gobiernos, forzosamente deberá ser de procedencia europea en sus orígenes, combinaciones y realización. Lo que se refiera a lo artístico en sus varias formas de ser, también tendrá que rendir acatamiento a lo extranjero en cuanto a los medios de expresión, técnicas, disciplinas y leyes fundamentales.

Quedan fuera de este destino las denominables esencias de lo artístico, como ser lo imponderable de la invención y el material anímico, perdidos ya en la individualidad, ya en la racialidad, que se anuncian actuando en todos los procesos de las artes como una lontananza infinita de lo incoercible. Esto, en lo fundamental, es lo que puede librarse de las influencias europeas, pero para dar con él, en estado de gracia y pureza, hay que realizar sondeos a través de gruesos registros semifluídos o estratificados que tienen también su originalidad, su apariencia de sustancia inédita, su valor natural y profundo.

Sin aquel fundamento aludido no serán posibles artes duraderas, ni sistemas estructurados del pensar. Sea que se afirme su base en el orden de la inteligencia pura o radique en la fecundable intuición, el hecho del milagro creador, sea *fatum* o acto puro y libre en sí, proviene de aquellos imperios sin ubicación precisa.

¿Qué es lo esencial para los suramericanos? Lo que es, será lo que una resultante revele en los siglos, como arte diferenciado de los habidos ya en los viejos continentes. Y distinto tiene también que ser del alma americana, que se modeló y moduló en formas plásticas y musicales grandiosas, y ceremoniosas religiones en el interior de las espesas razas aborígenes del Centro y Sudamérica.

Entre tanto, forzosamente, mientras no se revele un arte o una cultura de América del Sur, la visión que de ella se tendrá dependerá del ángulo de percepción étnica o histórica que se adopte. Desde luego, si se es europeísta, se vislumbrará un arte o una cultura todo lo grandes que se quiera pero unidos desde las profundidades a las superficies, a las ilustres cadenas de los genios griegos, romanos y cristianos del occidente europeo. Si se es americanista, se tratará de vincular lo que pueda ser creación nuestra con el milenarismo recinto del alma indígena, hermético para la mayoría, pero respetable y actuante en muchos pueblos. Alrededor de esas dos oposiciones fatales se extenderán zonas colindantes y difusas, en las cuales veremos revelarse un espíritu, considerado más o menos suramericano, y que puede ser la nebulosa del astro futuro que se sueña sobre el camino de lo verdadero y auténtico. Con la salvedad asimismo de que no sea una

ficción provocada en los hombres de las antiguas culturas que nos visitan y pretenden descubrirla en nuestra alma.

Tal es, en sus planificaciones más generales, la posición de los suramericanos en lo que se refiere a cultura, arte, ciencias, y a todo lo espiritual. Tal es la contingencia que afrontó el autor de *Motivos de Proteo*.

Es muy temprano para hablar de originalidad; entre nosotros, dondequiera que abramos tierra, damos con las dos aguas mentadas. Más cerca de nosotros, esas aguas forman un lodo. Puede que sea un barro divino; eso lo dirán después de nuestra dedicación a su manejo herculeano en el tiempo. En ese barro, por ahora, han ido imprimiendo sus huellas, incesantemente, los movimientos europeos, desde la Conquista hasta el Novecientos. De ahí que todo lo creado en América participe en mayor o menor grado de la naturaleza del genio conquistador y civilizador. Es probable que, debido a la comunicación fácil y veloz que se establece ahora entre las naciones del mundo, se haya acentuado más que en el pasado, la influencia del pensamiento y del arte del occidente europeo y norteamericano. Creemos que no es posible darle la espalda, ni negar este hecho que puede ser un bien; pero creemos, a pesar de todo, que en el fondo del alma suramericana se irá estructurando un espíritu superviviente, de resonancia cósmica y raíces telúricas que se concretará lentamente en formas artísticas, culturales y políticas, distintas y más perfectas que las extranjeras y que lograrán ser las realidades representativas y originales de nuestro continente. Rodó se nos aparecería como un ejemplar anticipado de ese espíritu definidor.

Nos es imposible, en absoluto, prescindir de las culturas anteriores que contribuyeron a nuestra formación histórica en la Conquista, el Coloniaje y la Emancipación. Dentro de los tiempos actuales, el medio americano del sur debe ir definiéndose a través de una lenta incorporación de ideas democráticas, humanistas y sociales, en lo que se refiere a las organizaciones políticas hasta constituir una realidad histórica que imponga un nuevo espíritu de justicia y de bien a la humanidad. A través de lo más esencial del pensamiento y la acción de Bolívar, San Martín, Artigas, Sucre, Sarmiento, Alberdi, Hostos, Montalvo, González Prada, Rodó y otros pensadores, puede percibirse bien en el presente y extenderse al futuro, una dirección del espíritu que será lo característico de nuestra raza. En lo puramente artístico, científico y cultural, la revelación de una forma nuestra que presente originalidad frente al pasado, requerirá un proceso temporal mucho más largo. Nuestro deber del momento consiste en estimular la realización de etapas que nos acerquen a su límite, consagrando por parte de las potencias económicas de los diversos estados la creación, organización y sostenimiento de centros de cultura superior desinteresada, dirigida hacia la más alta ciencia y la más esencial filosofía. A los jóvenes de hoy, el alejamiento en el tiempo de ciertas figuras de influencia continental en el orden de la inteligencia, del arte y de la política como Rodó, es un feliz estímulo del destino. En efecto, les deja libre la voluntad a las nuevas generaciones, que enriquecen así mejor sus conocimientos en la universalidad de la cultura y en un humanismo social revolucionario, bien organizado.

La liberación de aquellas tutelas, si bien puede originar una incertidumbre en el pensamiento y en la acción, en cambio facilita el libre albedrío de los hombres de hoy, para ir hacia la construcción arquitectónica, es decir, bien afirmada y bajo leyes de razón y armonía, de un espíritu propiamente suramericano, cuya expresión frente a las viejas culturas aún en marcha, sea la de ir realizando conjuntamente, la emancipación del hombre y el más elevado arquetipo de la originalidad humana.

Esa vigencia de la cosmovisión helénica en Rodó se hacía presente por medio de las disciplinadas instancias, pero más directamente por el gigante y el ático poder de idealizar. Todo, en su discurrir, tendía a ir gravemente a ese sepulcro de fuego que es la idea, para purificarse y no consumirse.

La tendencia a convertir los problemas del tiempo vivido en idealizaciones benéficas y bellas, en máquinas mentales nutridas de docilidad y designio, es lo que en él se revelaba como un bagaje pre-establecido por la naturaleza. Los arduos conflictos continentales, los dilemas de la acción y la inteligencia, la beligerancia de lo vocacional libre y actuante frente a la mecanización, el tema de lo europeo y lo americano autóctono, las antinomias crecientes de nuestra espiritualidad desconfiada frente a la perfecta y dinámica ordenación de los Americanos del Norte, adquirieron en la especuación de Rodó importancia y estructura de controversias superiores y estables de la inteligencia intemporal, en el reino con ornamentos felices de las culturas y civilizaciones; en síntesis, los vértices constantes se reconstruían al contacto de sus discursos y tratados, asomándose de nuevo las formas definitivas con que trascurren a lo largo de la razón, en el drama de la transcendencia humana. Los mismos asuntos de nuestros diminutos ambientes históricos, pasaban al plano de lo controvertible en las esferas de los banquetes consagradorios, como si el vino rudimentario de nuestras cosechas se convirtiera en llama de idea por el solo ademán de verterlo sobre altar de cálido oro. Despojada la obra de Rodó de todo lo endeble que pudo ofrecerle el comercio de sus contemporáneos, en una época poco feliz de la historia de la humanidad, en el preludio de dos grandes guerras universales, que involucran en sí otras tantas revoluciones que no olvidará la historia, ella permanecerá en lo que encierre una dimensión humana que se debe expresar bien solo a través de la cultura y el pensamiento. Esta es la realización de una voluntad que se plasma en lo íntimo de la personalidad y sus miles contingencias vocacionales, en una serie de tipos de humanidad perfectible, al trasluz de lo más significativo de lo griego, lo cristiano y lo renacentista. Tal es así, en la limitación estricta de sus contenidos originales, en lo mejor de su obra, en donde el tiempo y la circunstancia no imprimen su mancha. Por ello pudo afirmarse que Rodó, por la claridad de su discurso, su estilo, sus ideas serenas y apasionantes a la vez, parece un tardío cartesiano revivido en nuestro siglo. Y a través de sus máscaras también. Se le concibe como un hombre iluminado por el espíritu geométrico, que es una rama del árbol platónico, a la vez que un frecuentador de las ceremonias iniciales de los ritos órficos y cristianos, pero llevando a ellos el número y la abeja de lo apolíneo. El proceso de formación histórica de Rodó es discutible y poco importante. El contacto con su época es

como el de la flecha con el aire: la simple condición que le permite sostenerse y avanzar con más firmeza al blanco. Este blanco en lo hondo, es una gran doctrina humanista, en plena América embrionaria, afirmándose en la milagrosa voluntad que anida en la personalidad. Esta cultura por él divinizada contiene los rudimentos de una *areté*, como si intentara reconstruir la jerarquía y el orden de lo helénico, a través del ejemplo sapiente y de la predicación magistral. Rodó es eminentemente un artista del tipo clásico: un educador. En lo concreto, la educación estética transfigura el plan y el designio de sus propósitos dominantes. No queda la menor duda de que Rodó es la reencarnación de una forma de pensar y de vivir que le viene secretamente de los espíritus mediterráneos de sus antepasados y cuyas fuentes están en la tragedia, la grandeza y la armonía del genio griego. Las páginas de mayor vitalidad, plenitud, ambición y alcance reflejan esa modalidad de las almas antiguas. Tendrá algo de la España erasmista, de los ensayistas de Francia y de su tiempo, de Maeterlinck y de Emerson; tal vez haya influido en él su propia tierra americana al ofrecerle paradigmas y pretextos como Bolívar y Montalvo, pero lo fundamental, lo enigmático y lúcido al mismo tiempo es que, a través del discurso admirable y musical de sus símbolos protéicos, todas aquellas dimensiones de lo contemporáneo adquieren un dorado fulgor apolíneo, parecido al que el sol coloca sobre las nubes y las convierte en dioses, templos, mármoles y acantilados contra azules playas.

La fórmula de Rodó, insiste en presentarnos un tipo eterno de humanidad superior, así, con pobres medios, a través de las contingencias del futuro constructivo que se abrirán ante nuestro destino. ¿Podría acaso aparecer absurdo que en tal sentido dijéramos que Rodó quiere reconstruir la Grecia clásica sobre el limo y las ruinas de la Atlántida, que en él intentara hacer ascender ahora del mar a través del señalamiento y del estilo de un hombre?

Para nuestro bien, el hecho comprobado es que la lectura de Rodó se ha convertido en una necesidad permanente del espíritu de América; de esa circunstancia ha ido levantándose la escultura de su obra, desnuda de toda accidentalidad temporal, como un clásico del humanismo que se constituyera bajo nuestros ojos. Su perfil, objetivándose en una serie de instancias purificadoras, adquiere la limpidez remota de las cumbres y así como gustamos la contemplación de éstas, abstrayéndolas de sus alrededores y accidentes, nos complace la impresionante figura de un Rodó en la cual toda sustancia fuese propia, indemne y abstraída de ingerencias incidentales.

Por fortuna, el hombre no interfiere mucho en lo más imperecedero de esa obra; una vida regular, monótona, de solitario, con intervenciones políticas de alcance reducido en el continente, favorece la emancipación de su pensamiento y estilo para condensar en las torres de su prosa toda la grandiosidad de la perfección acabada y a la vez renovable. Tal como en la etapa del proceso psicológico, al ritmo de las sutiles cristalizaciones de la razón se van elaborando los conceptos dotados de perenne diafanidad y así gozan al mismo tiempo de vida, espíritu y significaciones reales, de entre las influencias, lecturas, apoyaturas de

momento y aventura mental, de medio semi-colonial y pretencioso de cultura, va purificándose la personalidad de Rodó, para quedar suspensa en la atmósfera de la inteligencia y de la belleza, a través de los mejores ejemplos de *Motivos de Proteo*, los primeros y los últimos, que forman las prosas que lo condensan integralmente.

Las mismas referencias históricas y sociales se borrarán. En eso, Rodó se diferenciará de Sarmiento, Montalvo y Martí; y se colocará más rápidamente y con mayor firmeza que ellos, en la corriente universal de los grandes pensadores. Sobresaliendo su obra sobre la turbia contingencia de su siglo y de sus comarcas, será no obstante el mejor puerto de partida para la posibilidad del pensamiento puro que en los siglos habrá de constituir la expresión de la América Latina.

Hoy consideramos a los clásicos así; hay que habituarse ya a la apreciación de Rodó a través de un miraje equivalente, que es lo que trasciende a su misma posición intelectual y que a fin de cuentas determina las dimensiones de su individualidad que pasó entre nosotros dibujándose como una evasiva corpórea. La personalidad de Rodó, primeramente afirmada en esa sustancial permanencia dentro del espíritu de la belleza frente mismo a las claridades del enigma eterno de lo pensante, se levanta entre un conjunto de preocupaciones educativas, políticas, artísticas, filosóficas y hasta lugareñas; aunque todo esto, agregándose a los contornos de su persona no la acrecientan, merced precisamente a aquella luminosidad que difunde la alta cima, ellas se revisten sin embargo de valorizaciones y asignaciones fecundas. Es lo que se incorporan y se benefician los ávidos de guías próximos y decisivos, y los jóvenes que se arrojan en el torrente sereno de melodías de *Ariel* o de las parábolas.

Y así se configura el carácter casi milagroso y enigmático de Rodó: que representa la estabilidad de un paradigma inicial que exige un futuro muy grande y excepcional, casi comparable por ello a la posición de los presocráticos del eleatismo o de la escuela pitagórica que anunciaron también los primeros fulgores de lo que se llamó el milagro griego. Y es lo que corresponde preguntarnos ahora. ¿Será digna la América Latina de la anunciación que trasciende de la *Paideia* anticipada por José Enrique Rodó? Porque este autor sorprende por su sabiduría clásica, su universalidad dentro de la pobreza filosófica de su medio y de su siglo, tanto como asombra y conmueve profundamente por el don profético de sus mensajes, el contenido de augurios de una Casandra resplandeciente de belleza, que arroja al tiempo futuro su palabra en lo alto de la proa de fuego.

El alma de Rodó vino a anunciar los hechos felices y grandiosos de una venidera serie de máximos acontecimientos, que será necesario cumplir para que América sea digna del pensamiento del mundo. Pero lo terrible de este anuncio es que su realización no queda como en la heroína griega librado al huso de los hados, sino que se afirmará en la vocación realizadora de las criaturas metafísicas que habiten estas comarcas. Y, en gran parte, esas criaturas ya deben estar entre nosotros y los que nos sucederán de inmediato.